



LA NANOCRÓNICA: ALQUIMIA DE CIUDAD

Por: Taller de escritura Cuento y Crónica¹

La experiencia creativa se manifiesta esencialmente desde la percepción. Pero no como cualquier constatación sensorial vacía de trascendencia, sino como una que busca despertar el *otro* lado de las cosas: el detalle imperceptible, la fisura eterna, la manía recurrente, cada vez tomando al *lenguaje* como elemento principal de esta alquimia del ser humano.

El lenguaje poético es la búsqueda constante de una expresión que permita, ya no nombrar, sino *crear* por medio de relaciones semánticas desnaturalizadas, de una expresión que haga posible acercarnos más a ese entendimiento de *lo real*. La *nanocrónica* es el aparato o el rubro bajo el cual observamos, precisamente, esos detalles, a través de la percepción poética del cronista, del escritor que sale a la calle a permitir que ésta le cuente algo; es el lente del microscopio, el obturador de la cámara, la lupa del técnico electrónico, los binoculares del cazador.

En el arte de la cinematografía, para atrapar esos “detalles imperceptibles” es utilizada una técnica de grabación de imágenes denominada *slow motion*: un efecto visual que

¹ El Taller de Escritura Cuento y Crónica, perteneciente a la red de escritura creativa RELATA, del Ministerio de Cultura, es un grupo centrado en la escritura creativa que tiene como referentes las escrituras de ficción y no ficción. En este especial participaron: Deiver Juez, Cindy Herrera, David Lara, Laura Jazmín y Amaury Pájaro. Más nanocrónicas en: <https://cuentoycronocablog.wordpress.com/2018/10/01/la-nanocronica-alquimia-de-lo-real/>

prolonga el movimiento, ralentiza la acción, la explota en cada uno de sus momentos para una mejor apreciación de una escena imposible de percibir por el ojo humano. Y es así mismo como la nanocrónica, a partir del lenguaje, desacelera el ritmo de la realidad y nos hace fijar en elementos que a simple vista pasaríamos por alto.

La nanocrónica es un corpúsculo temático superpuesto a la dimensión cuántica de la realidad, donde se cuenta sobre algo desde un observador detallista, con la acuciosa mirada y admiración estética sobre pequeños espacios, situaciones o personajes particulares. La nanocrónica nos cuenta un mínimo pero necesario detalle del corpus entero de la cotidianidad; es una escena que de alguna manera alcanza la entidad para ser ella misma una historia completa; es una dinámica dentro de las dinámicas, una vuelta en el espiral interminable de la realidad. Es el extracto de un conjunto de cosas ordinarias, narrado de manera extraordinaria a través de un lenguaje preciso.

“LA NANOCRÓNICA
ES UN CORPÚSCULO
TEMÁTICO SUPERPUESTO
A LA DIMENSIÓN
CUÁNTICA DE LA
REALIDAD”

A la nanocrónica le interesa el ladrido del perro, la soledad del parque, el carrito de jugos, el aceite quemado de la fritanguera, el vendedor de libros de segunda, los zapatos colgando de los cables eléctricos, el contrabandista de canciones, el guitarrista y el sombrero, el pavimento mordido por el

sol, y toda criatura urbana sobre él, escondida detrás de la gran postal de ciudad que nunca termina de contarse tal como es en realidad.

A continuación, como ejemplos de nanocrónica, los ejercicios creativos de Deiver Juez y Laura Jazmín.

UN GOLERO EN EL ANDÉN

// Deiver Juez Correa

Estudiante de Lingüística y Literatura
Universidad de Cartagena

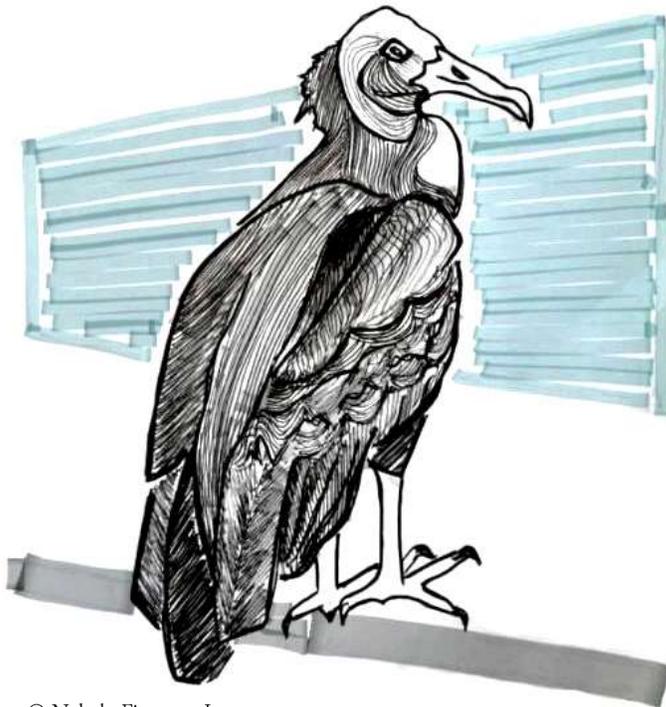
A los goleros el sol parece no afectarles. Esas aves grandes, negras, de pico corto y cuello pelado, revolotean en bandada por el cielo a medio día. Vuelan en círculos, siempre juntos, como buscando alimento. Abajo los transeúntes se limpian el sudor con un pañuelo, o con la mano. Se apuran por llegar a su destino, apretujados en andenes estrechos y callecitas atestadas de carros y vendedores ambulantes. Arriba, ellos observan y esperan. Buscan sigilosamente ratas o palomas podridas -el único banquete que pueden permitirse en la ciudad- o esperan a que no haya nadie a la vista para bajar a hurgar en la basura.

Los goleros de pueblo se dan un banquete con la carroña de vacas y chivos. Luego descansan en árboles esqueléticos. En la ciudad, en cambio, posan majestuosos sobre las cúpulas de las iglesias y los techos de las casas coloniales. Lucen su vestido negro, el plumaje les brilla con los rayos del sol.

En la esquina de la calle San Agustín Chiquita, una cuadra antes de la Universidad de Cartagena, un golero está parado en el andén, frente a una vitrina que exhibe vestidos de gala femeninos. En la tienda venden telas coloridas con flores estampadas, ideales para ropa de mujer, cortinas y manteles. Adentro las señoras miran y tocan la tela con la yema de los dedos, otras solo comprueban, silenciosas, la calidad del tejido. Afuera, el animal se rasca el cuello pelado con su pico corto. ¿Por qué no está en los techos? Parece moribundo, ¿bajó a morir?

Luce su vestido negro, pero éste ya no brilla. Una pareja de turistas beben agua de coco de espaldas a la vitrina, mientras la señora que vende los bolis cuenta las ganancias del día.

El golero mira pasar la gente agitada y acalorada. Se vuelve nuevamente a la vitrina y choca su cabeza contra el vidrio, como queriendo atravesarlo ¿son los vestidos coloridos los que llaman su atención? Lo miro por última vez y me voy, apurado por llegar a mi destino. De regreso, el golero ya no está en el andén. En la vitrina se exhibe un vestido negro, brillante, majestuoso.





EL CAFÉ DE LA ABUELA

// **Laura Jazmín**

Estudiante de Comunicación Social
Universidad de Cartagena

A Damaris.

*Aunque la vida me ponga de nuevo en la tierra,
tú serás la primera en la lista de abuelas.*

Son las cinco de la mañana y un olor a café intenso me despierta, como es costumbre. Camino despacio en la oscuridad de aquel cuarto donde suelo dormir cuando llego al pueblo, en una cama con sábanas de flores color naranja. Abro la puerta y veo a mi abuela en la sala. Lleva entre sus manos un pocillo desgastado, con café para mi tío; él está en el patio, tratando de entonar en su acordeón marrón plateado las melodías de una vieja canción; una que le he oído tocar desde que era niña, una que nunca he logrado entender, pero de la que siempre he creído que habla de amores perdidos.

Son las seis treinta y ya empiezan a despertar mis tíos y mis primos. Están todos hablando, ordenando platos, regañando a los pequeños que no dejan de correr. Y entre tanto alboroto, mi abuela está feliz de tenernos a todos en casa.

Ella hace café con poquita azúcar, por su problema de diabetes, con menos de un litro de agua. Observo con qué paciencia espera tranquila junto al fogón, aguardando a que aquella ollita de fondo tiznado muestre su punto, el que ella considera como el momento perfecto para pasar el café a los termos azules donde lo conservará caliente.

Desde que recuerdo, mi abuela hace café en las mañanas para alejar las perezas; en la tarde, para los amigos que llegan de visita; y en la noche, para la familia y los vecinos que se reúnen en la terraza de aquel pueblo de calles que se hacen barro cuando llueve.

Ahora la Semana Santa llega, y es la única oportunidad de tenernos a todos juntos, de sentarnos en las mecedoras, en el piso, los mayores cargando a los pequeños, contando historias ocurridas en nuestros caminos separados, en aquellas ciudades donde hemos decidido buscar nuevos rumbos.

Para mi abuela, entre pocillos de café, humo y relatos se nos van pasando las penas. ■